

UNA BOMBA CONTRA ECA

En la noche del sábado, 10 de enero, una bomba estalló en la puerta de los locales donde funciona la administración de ECA, causando serios daños materiales. Ningún grupo ha reivindicado posteriormente el atentado, como tampoco el llevado a cabo nueve días después (con similar técnica y, posiblemente, análoga significación) contra la Librería San Pablo, también en San Salvador. Así, el daño ocasionado queda más al desnudo, ajeno a cualquier tipo de racionalización ideológica: se trataba lisa y llanamente de golpear, de herir, de destruir.

Pero ¿qué es ECA para que se pretenda así golpearla? En última instancia, ECA no es más que una voz, no muy potente por cierto. ¿Quién puede estar interesado, entonces, en acallarla? ¿Cómo es posible que, en un país en el que, según la Sociedad Interamericana de Prensa, existe una verdadera "libertad de prensa", haya quienes pretendan eliminar una prensa como ECA? Sólo entendiendo lo que esta voz y esta prensa que es ECA puede significar en nuestro medio podremos comprender quién y por qué puede desear su silencio y aun su desaparición.

ECA se califica a sí misma como revista de extensión cultural de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas". Se trata, por consiguiente, de un órgano de expresión universitario, pero de una Universidad cuya vocación declarada es la de constituirse en "conciencia crítica y creadora" de la sociedad salvadoreña y centroamericana. Conciencia, es decir, conciencia comprometida en la búsqueda y elaboración de una verdad social: conciencia, por tanto, sobre la situación de injusticia estructural en que vive nuestro pueblo, pero conciencia, sobre todo, de la necesidad de entregarse a un proceso de liberación social, que haga posible la humanización histórica de todos los hombres, y no sólo de una minoría.

Esta conciencia, de la que ECA pretende ser una voz, se esfuerza por reunir las características más esenciales de la dinámica universitaria.

Se trata de un saber científicamente fundado, pero un saber libre de cualquier atadura bastarda, sólo comprometido con el pueblo que le da vida y al cual se debe enteramente la Universidad; pueblo históricamente oprimido y silenciado: En este sentido, de alguna manera ECA (como órgano de la UCA) trata de ser voz de los sin voz. Con imperfecciones y altibajos, ciertamente; pero con la firmeza de una vocación inalterable de servicio a la justicia, en este caso identificada con la causa de los oprimidos.

Así, empieza a dibujarse ya a quién puede molestar esta voz y quién puede estar interesado en callarla: aquellos empeñados en esconder la verdad con los mitos, aquellos que se benefician de la situación de injusticia y opresión estructural en que vive nuestra sociedad, aquellos que no pueden aceptar que el pueblo se libere y se convierta en sujeto de su propia historia, pues ello afectaría sus intereses explotadores.

Se pretende, entonces, callar toda voz que intente exponer y poner en claro la realidad en que vivimos; se trata de silenciar toda palabra que demande justicia para el oprimido, pan para el explotado, libertad para el esclavo. Por ello, frente a las ideas y argumentos (el único "arma" de ECA), se emplea la fuerza; frente a la razón, se echa mano de la violencia. En última instancia, no se pretende convencer; se pretende, simplemente, atemorizar e, incluso, eliminar.





El pueblo salvadoreño sabe muy bien, por experiencia propia, quiénes emplean este tipo de métodos violentos. Y, si se asegura que la violencia de la ultra-izquierda se apoya en ayudas de supuestos grupos internacionales, la historia contemporánea no deja ningún lugar a dudas sobre qué sector o sectores de la sociedad amparan y cobijan la violencia de quienes se empeñan en que nada cambie. Sería lamentable que, también en nuestro país, se alentaran grupos como “La mano blanca” guatemalteca, “El escuadrón de la muerte” brasileiro o “Los guerrilleros de Cristo Rey” español. Estos grupos sólo sirven para confirmar la tesis de quienes pretenden que únicamente con violencia se pueden cambiar las cosas, llevando a extremos paroxísticos el conflicto social. Con ello, se cierran las puertas a quienes, como es el caso de la UCA (y la ECA como órgano de expresión suyo), tratan de buscar soluciones científicas, que lleguen a las raíces de los problemas sociales por medios no violentos y democráticos.

Ante la violencia anónima e insensata de quienes pretenden afirmar el imperio de la fuerza y el terror, ECA reafirma su vocación, con humildad, pero sin vacilación alguna. Ni las bombas ni cualquier otro tipo de violencia podrán silenciar la palabra liberadora de ECA, comprometida universitariamente con el pueblo salvadoreño, y sólo con él. A fin de cuentas, nuestra fe cristiana, que es una fe histórica, nos enseña que no hay pascua sin pasión. La historia de nuestro pueblo apunta hacia una pascua de liberación, pese a quien le pese. Y, por lo que se ve, a algunos les pesa mucho.



OTRA CATASTROFE EN GUATEMALA

Una vez más, la naturaleza ha castigado severamente a los centroamericanos. En esta ocasión, un violentísimo terremoto, seguido por otros temblores de regular magnitud, ha asolado en los primeros días de febrero a la hermana República de Guatemala. A la hora de escribir estas líneas, el saldo es trágico: cerca de veinte mil muertos, muchos miles más de heridos y golpeados, pueblos materialmente borrados del mapa, centenares de viviendas y edificios de todo tipo destruidos, carreteras y puentes destrozados. . . Es difícil precisar todavía el monto material de las pérdidas sufridas, pero lo que sí se puede asegurar con certeza es que éstas son catastróficas cuenta tenida de la precaria situación económica del pueblo guatemalteco. Y, lo que es más importante, ninguna cifra puede evaluar la irremediable pérdida de tantos seres humanos.

Es triste comprobar una y otra vez que los pueblos centroamericanos, no sólo tienen que sufrir el flagelo social de una historia amasada de injusticia, sino que deben soportar el azote de huracanes, terremotos, inundaciones y otras catástrofes naturales. Así, historia y naturaleza parecerían concentrar en la región el cúmulo de males: a la injusticia que día a día padece la gran mayoría del pueblo centroamericano, se suma el devastamiento esporádico de lo que con pena y sudor se ha ido logrando levantar. Y al desgobierno y atropello social sistemático ejercido desde todas

las esferas de poder, se une eventualmente el caos y destrucción por obra de las fuerzas naturales. Esta es la ironía —dramática y dolorosa— que una vez más se pone de manifiesto en el reciente sismo sufrido por el pueblo guatemalteco.

A pesar de todo y, lo que es más, incluso contra todo, los pueblos centroamericano siguen luchando por sobreponerse. El Salvador, 1965; Managua, 1972; Honduras, 1974; Guatemala, 1976. He aquí los últimos jalones de esa cadena de catástrofes naturales, tenazmente concentrada en tierras centroamericanas. Sin embargo, una y otra vez “ha salido el sol”, y la vida social de estos pueblos sufridos y trabajadores ha vuelto a reorganizarse, con un dinamismo y una constancia dignas de mejor suerte histórica.

En estos momentos de tragedia visible, surge la solidaridad humana en forma incontenible. Gobiernos, organismos internacionales, organizaciones de todo tipo se movilizan en ayuda del que sufre. En el presente caso, la ayuda de El Salvador ha sido de generosidad sin límites, y ello es índice, no sólo de su sensibilidad humana, sino también de su profundo sentido centroamericano y de su identificación, para bien y para mal, con los vaivenes de los pueblos hermanos.





Es lástima que las tragedias históricas no sean capaces de desencadenar la misma solidaridad hacia el que sufre que las tragedias naturales. Es deplorable que la razón no nos guíe a realizar cotidianamente lo que el corazón nos lleva a ejecutar en momentos aislados. Porque, si es cierto que un desastre natural como un terremoto destruye vidas y obras en breves instantes, no menos cierto es que nuestra organización social las destruye diariamente y, lo que es todavía peor, impide incluso su florecimiento. ¡Cuántos miles de centroamericanos, ya desde el momento de su concepción, están condenados a una semivida en la miseria, la enfermedad, la ignorancia y la impotencia por obra de esa tragedia histórica, que es la organización injusta de nuestra sociedad!

Como siempre, quienes más han sufrido en la reciente tragedia de Guatemala han sido los pobres, campesinos o marginados urbanos. Sus casas de adobe o bahareque no han resistido el embate del sismo; sus pocas posesiones han sido sepultadas por la fuerza del cataclismo; su desempleo e impotencia en todos los órdenes aparecen así más patentes, mostrando descarnadamente la podredumbre de un sistema que despoja a los más para enriquecer a los menos. Ojalá las ayudas de todo tipo que en estos momentos fluyen hacia Guatemala se encaminen prioritariamente a quienes más necesitados están de ellas. Pero ojalá también todos nosotros tomemos conciencia de que las ayudas esporádicas únicamente pueden aliviar los efectos de las tragedias naturales, mas sólo los cambios sociales profundos podrán eliminar el flagelo de las tragedias históricas.

ECA se une al dolor del pueblo hermano de Guatemala y se suma solidaria a la acción de quienes, en estos momentos, tratan de ayudarlo con pan, abrigo y consuelo; pero, sobre todo, se suma a la acción de quienes, día a día, trabajan con él por lograr un futuro mejor y más digno para todos los centroamericanos.